FEDERICO JIMENEZ LOSANTOS
Escritor y periodista

El honor

Ante el primer aniversario del intento de golpe de Estado del 23 de febrero, Jiménez Losantos sale al paso de las campañas que pretenden presentar a los militares golpistas como hombres de «honor» y «patriotismo». Pero, como dice el autor, «el honor no se demuestra a puñetazos ni a tiros».

La prensa ultraderechista que goza, como la ultraizquierdista, de la tolerancia gubernamental, ha decidido colocar a los golpistas bajo la protección de un nombre que pueda resultar halagador para los militares e impresionante para los civiles: el *honor*. Hasta ahora se limitaban a repetir que no debía opinarse sobre lo que ha visto medio mundo, España incluida, diciendo que los jueces decidirían en su día, lo que pasó. Parece que ya pueden decir un poco más sobre los encausados del 23-F. Y lo primero que no vacilan en afirmar es que son todos, los treinta y tres, *hombres de honor*.

Esto de pretender que los valientes pistoleros del Congreso y los que heroicamente ocuparon Valencia son *hombres de honor*, está obviamente pensado para que los militares se identifiquen con los sublevados. Mira por dónde, los mismos que critican cualquier idea de «juicio al Ejército», que nadie pretendía, quieren ahora que todo el Ejército se sienta juzgado por lo que una pequeña parte de él cometió sin que la mayoría lo siguiera. Suponen estos golpistas de papel pólvora que al decir que se juzga a «hombres de honor», los militares, que naturalmente se consideran todos hombres de honor, se sentirán juzgados, o que se juzga el honor militar. La maniobra es burda, pero indudablemente suponen que puede ser eficaz. Lo que no se dice, naturalmente, es que lo que se juzga es precisamente que unos señores *no han hecho honor* a sus juramentos. Y los que los juzgan son precisamente los militares que siguen identificando el honor con la disciplina.

Romper cabezas

Dentro de algunos días hemos de ver a los mismos sacar a colación el *patriotismo*. Serán treinta y tres *hombres de honor* y treinta y tres *patriotas* los juzgados. Para ver si toda persona que se considera patriota y tenga en algo su honor acaba por identificarse con ese modelo de español para el año 2000, que es Tejero.

Está visto que nunca faltan patriotas dispuestos a darse el gusto de romperle la cabeza a cualquiera y pasarle luego la factura a la Patria. Y por ese curioso mecanismo, resulta que cualquier mozalbete con una porra y una pistola de contrabando puede resultar más patriota que Jovellanos y servir a España más que Cervantes y Don Juan de Austria juntos.

«Cuando se asusta a los ciudadanos, se es un criminal.»

Como español, estos delincuentes que usan y abusan del nombre de España me resultan todavía más repulsivos que los catalanistas o vasquistas justificadores del crimen. Pero pertenecen indudablemente al mismo grupo humano, o mejor diría inhumano. Y no, señores, ni patriotas ni nada. Se ponga la bandera que se ponga, el pistolero, el atracador, el que dispara de frente o por la espalda, el que chantajea, golpea o asusta en manada a los ciudadanos inermes es, sencillamente, un criminal. Y no merece más trato que el de criminal. Y los que lo amparan o enaltecen como si de un héroe se tratara, son estrictamente eso: cómplices, encubridores o instigadores del crimen. Nada más.

Uso fraudulento

Por lo demás, muchos grandes españoles, como Unamuno, Ortega, Quevedo, Larra, Cervantes, Galdós y algunos otros que merecen más respeto a cualquier español y a cualquier persona civilizada que Tejero y compañía, han escrito mucho y muy violentamente contra ese uso fraudulento del *honor*, que, con motivo del 23-F, quieren reeditar los que ese día perdieron la oportunidad de gobernar España a su capricho. Cuando se dice que son «hombres de honor» los que se juzgan, parece, por un conocido efecto retórico, que los que los juzgan son personas *sin honor*, y que el resto de la sociedad, que conoce el proceso, tampoco tiene la menor noción de ese principio, puesto que deja que se condene a personas *honorables*, que es tanto como decir *inocentes*.

Pues no, señores. Tienen ustedes una pobre noción de España si creen que pueden recibir lecciones de honor todos los españoles a los que ustedes o sus amigos asustaron y avergonzaron hoy hace un año. Yo acepto que como personas, los rebeldes del 23-F, tengan tanto honor como cualquier español. Ahora bien, como militares y protectores de la soberanía nacional, mientras no demuestren lo contrario, si algo está en tela de juicio, es precisamente que sean *hombres de honor*. Como personas, lo que quieran, como sediciosos, están dando el espectáculo de honor que era previsible: mentir, negar y echarle la culpa al otro. A cualquier militar español le molestará la suposición de que cualquier civil compatriota suyo, por no llevar uniforme, tenga menos derecho a ese título de honorabilidad y patriotismo. Y menos, que el *modelo de honor español* sea el duelo Milans-Armada.

Lo que sucede es que hay señores que confunden el honor con el capricho, el patriotismo con la chulería y la patria con una finca o un patio escolar. Y va siendo hora de que se acostumbren a oír que patriotas de café y copa ya hemos tenido bastantes. Que lo que queremos es científicos y militares, trabajadores e intelectuales, técnicos inventores, que dediquen su vida a mejorar el estado de su profesión en España y que, si su talento lo permite, hagan que el nombre de nuestra Patria quede enaltecido en el mundo.

Y el honor no se demuestra a puñetazos ni a tiros. El último grado del patriotismo es, precisamente, ese de no cumplir el compromiso jurado de mantener la paz, llevando la guerra al corazón mismo de la Patria.